

La Cosa

Entre vagones mi vida se iba, se deslizaba cual gota de agua, que siempre terminaba de alguna forma estancada, entre uniformes y horarios apretados mi mundo se consumía en sobrevivir.

Ausente de los placeres divinos y manjares exquisitos, estaba nuevamente en ese viejo vagón de tren, cuyos colores rojos eran el único fragmento iluminado de mi existencia, me debatía entre sus suelos de metal, y cuando dieron las 1 am, tomé la solitaria ruta 39. Algunas personas bajaron mientras yo subía, son tristes rostros pertenecían a la misma caravana en la que yo transitaba, el vagón parecía un tanto vacío como de costumbre, sólo los valientes viajábamos en horarios nocturnos, unas dos almas al frente de mí, conversaban cual adolescentes salidos de una fiesta.

Para cuando mis ojos dejaron de parpadear comencé un trance nocturno, consumido en las preocupaciones caí rendido, y entonces la conciencia volvió, mis ojos se sentían pesados, pero pude ver que el vagón estaba vacío y completamente detenido.

El horror me había invadido, me levanté en una especie de frenesí, me di cuenta que no estaba soñando, aunque frotaba mis ojos, aquel vagón parecía lleno de neblina, las puertas estaban abiertas, mi instinto primitivo me dirigió hacia la salida pero antes de dar un paso un extraño sonido se hizo presente, el crujir del metal dentro de otro anden me hizo retroceder, cuando giré mi rostro aquella puerta que dividía vagones, pude ver la silueta de algo humanoide, cuya forma simulaba ser un hombre, pero parado frente a esa puerta, sus ojos parecían los de un animal, sus cejas robustas lo hacían ver enfurecido, su extraña y completamente horrible sonrisa, podía perturbar a cualquiera que lo viera, giraba la cabeza cual perro tratando de entender algo, de la nada un horrible hedor comenzó a impregnarse en todo el lugar, tapé mi nariz, pero al olor a muerte, a putrefacción estaba ya en mis fosas nasales y el reflejo nauseoso no me permitió dar ni una bocada de aire y terminé manchando toda mi ropa.

Aquello me hizo tumbarme al suelo, en un intento sobrevivir a lo desconocido, me escondí, como si aquellas bancas de metal fueran a protegerme, mi cuerpo se erizó, sentía como mis ojos se salían de órbita, las piernas temblorosas, y quise salir, pero temía fuera detrás de mí. Fue ahí cuando lo escuché moverse, rasguñaba la puerta entorpecidamente como si no tuviera noción de como funcionaba.

Quise llenarme de valor, entonces al saber que aquello estaba apunto de entrar a mi vagón, corrí, tan fuerte como pude, al voltear un poco hacia atrás, aquello se asomaba desde la puerta, sonriente, mientras se despedía, subí por las

escaleras del subterráneo, parecían interminables, pues mis piernas comenzaban a flagear, entre respiraciones profundas y pasada un poco la adrenalina, me detuve a observar lo desolado de aquel lugar, apenas había caído en cuenta que ni un alma se había hecho presente, tal vez todos ellos habían huido de lo mismo que yo, ni vigilantes nocturnos ni los clásicos que doblaban turnos, era solo yo, subí las escaleras intentando ascender, intentando llegar a la salida, pero aquello parecía obsoleto para aquella realidad en la que ahora me encontraba, fueron horas de vagar, horas de correr, de vez en cuando volteaba de reojo podía ver la silueta de aquel ser asomado desde algún lugar, sonriente. ¿Acaso había muerto en aquel vagón? ¿Sería este el purgatorio del horror?

Cuando los pies parecían sangrar, me detuve, y tomé asiento, desde la profundidad de las escaleras, aquel ser se mostraba paciente mientras se acercaba, llevaba horas huyendo de mi destino, no podía correr más, arriba de mí, miles de escaleras aprecian de la nada, entonces agaché la cabeza, decidí no suplicar, mientras el hombre se acercaba, el hedor me hacía retorcerme, no quería ver su cara de cerca, así que escondí la cabeza, podía ver su silueta a través de su sombra, las luces parpadearon, y entonces miré, lo miré, en sus ojos vi mi vida pasar, en su sonrisa contemplé el horror de mis pecados, en su piel azulada estaba escrito mi destino, cedi, no pude evitar retroceder y él no pudo evitar acercarse, abrió su boca, llena de afilados dientes y atroces secretos, soltó un chirrido tan fuerte, penetró mis oídos, cerré mis ojos y sentí su mano en mi hombro acompañada de un horrible ardor.

De pronto el sonido paró, traté de respirar, cuando abrí los ojos estaba de nuevo en aquel vagón, un oficial tenía su mano postrada en mi hombro, el sonido chirriante provenía de aquel vagón, que anunciaba su partida. El oficial me miró, y me dijo que me había quedado inconsciente, me levanté apenado, pude ver que estaba en mi destino, entonces apenado, pedí un par de disculpas y decidí salir, al voltear el oficial parecía taparse su nariz, como si un hedor se desprendiera de mí.

Mónica Méndez